

LUIS JOSÉ DE TEJEDA (*)

EL PRIMER POETA ARGENTINO

(Continuación)

III

Coronas Líricas.

Toda la producción literaria de Tejeda que ha llegado hasta nosotros, se contiene en un pequeño volumen tapa de pergamino, que bajo el título de "Coronas Líricas," toca ahora en suerte editar a la Universidad de Córdoba (1).

Si hemos de juzgar por las altas dotes y varias prendas que adornaban el espíritu del poeta y por el acabado dominio que revela en la técnica de escritor, podríamos sentar como cierto que su ingenio debió ser fecundo en graves tratados y obras de imaginación.

Talvez el azar depare a algún estudioso la suerte de encontrarlos; hasta entonces, las letras patrias, lamentarán la pérdida irremediable (2).

(*) Véase: N.º 1, año IV, pág. 107.

(1) El honorable Consejo Superior universitario dictó, a proposición nuestra, una ordenanza, fecha 23 de junio de 1915, insertada en la "Revista de la Universidad", entrega del mismo mes, mandando publicar la obra literaria del poeta cordobés Luis José de Tejeda. Un concurso de circunstancias, algunas de carácter privado, que no es oportuno mencionar aquí, han demorado hasta hoy la aparición de este libro.

(2) La única noticia concreta que tenemos de sus obras nos la da el poeta:

En las "Coronas Líricas," Don Luis trató de componer un poema religioso y moral, trasuntando en él las preocupaciones de su espíritu y su pensamiento, abstraído por entonces en la contemplación de los recónditos misterios.

El asunto de este poema se desenvuelve siguiendo la vida de la Virgen María. El poeta ha conservado por la Madre de Dios una íntima ternura y una devoción que sintió acrecentarse en los últimos años de su vida.

La obra se inicia con dos cantos en que el poeta celebra la concepción inmaculada, antes por cierto de la declaración dogmática, uniendo su voz al coro de las que en España y América proclamaban ese extraordinario misterio. Luego en el "Arbol de Judá" refiere la genealogía de la Virgen; el "espinoso rosal que engendró a la divina rosa María, madre de Jesús".

El dulce nombre de María basta según el poeta, para mover a arrepentimiento a los corazones más endurecidos y hacerles abrazar el camino de la perfección; fué, en efecto, María la que provocándole un poderoso desengaño le hizo renunciar al mundo para gozar de las divinas misericordias.

Conmovido cuenta el poeta, como penitente, en reconocimiento de tan alta gracia y para servir de ejemplo, su vida, en un extenso romance en que pondera sus miserias y sus delitos para, con su humillación y bajeza ante los hombres, alcanzar perdón ante los ojos de Dios.

El relato de la vida de la virgen, que en "El Arbol de Judá" hemos dejado en la cuna, lleva a D. Luis, en seguida, a celebrar

Era nuestro corto alivio
(que era soplar más la llama)
componer una comedia
de las historias pasadas.

Además debemos creer que concluyó sus "Coronas Líricas".

los desposorios con San José, en estrofas llenas de entonación y de frescura, que muestran bajo el símil de la leyenda del ave mitológica, el puro amor, “el dulcísimo incendio” que hace consumir a José en su propia llama y que de sus cenizas vuelve a encenderse más espiritualizado, ante la belleza, gracia y hermosura de María.

“El Fénix de Amor” contiene estrofas de una delicadeza insuperable; léase sino la siguiente:

Miró entonces Joseph la dulce prenda
que le entregaron; y anegó sus ojos
en piélagos inmensos de hermosura
y a examinar (sin que su sol se ofenda)
obsequioso se puso, los despojos
del rostro bello y corporal figura
su espaciosa blancura
miró bañada (en la distancia poca)
del clavel desojado de su boca
(nácar que perlas cría
para cuando se ría)
y del carmín templado a maravillas
que liberal le fía
la vergongoza Rossa a sus mejillas.

La vida de la Virgen sigue después estrechamente enlazada a la de Jesús. Los misterios del rosario recuerdan los diversos pasos de la epopeya. Los cinco misterios gozosos se refieren al nacimiento y a la niñez de Cristo, los dolorosos a la pasión y muerte y los gloriosos al triunfo de Jesús. El poeta a modo de elevación moral recorre con María, desde la aurora de la Anunciación hasta las soledades y amarguras de la pasión de Jesús, para que, indenticado con ellas, sufra su espíritu cristiano recordando que con sus faltas y extravíos de pecador, ha renovado para María los dolores del Calvario.

Traxica y doloroso Euterpe mía
 tras tus divinas plantas voy postrado
 y mientras voy cantando lo que lloras
 iré llorando las amargas horas
 de mi infeliz y miserable estado
 para que así tu lamentable historia
 mi iniquidad recuerde a mi memoria
 y efectos sean de tus sentimientos
 mis arrepentimientos
 y a tu benignidad se le atribuya
 que mi pena se mezcle con la tuya.

Los misterios del rosario proporcionan de este modo a D. Luis el asunto de su poema cuyo plan apenas insinúa.

Se propone escribir tres "Coronas Líricas", la primera de rosas, la segunda de espinas; no conocemos la tercera, pero podemos deducir que debiera referirse a un nimbo de luz; a la corona de estrellas que circunda la frente de María.

Ahora es fácil ya, seguir el desarrollo de la obra. En la Corona Lírica de Rosas, explica la encarnación del Verbo (primer misterio gozoso). La visita de María a Isabel (segundo misterio gozoso) en la que dedica largas estrofas al curioso tema teológico de los celos de José, ante el misterio preñado de María. El nacimiento de Jesús (tercer misterio gozoso) en que celebra a los pastores de Belén, a semejanza de Lope de Vega, en una égloga que desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros, y a Jesús niño, en dulces soliloquios ante su pesebre. La purificación de María y presentación de Jesús al templo (cuarto misterio gozoso) le dá motivo para recordar de María, como símbolo de la pureza virginal y con ellas de las santas mujeres purificadas en el sacrificio y sobre todas, de S. Rosa de Lima, cuya beatificación celebraba América a la sazón y a la que dedica un soneto que concluye con una ingeniosa redondilla. El Niño Jesús perdido y hallado en el templo, platicando con los Dres. de la Ley, (quinto misterio),

remata esta corona lírica y como quien busca un pretexto recuerda Tejeda a San José que después de encontrar su extraviada prenda, vuelve a Nazareth a gozar de ella largamente, y vinculándolo a ese recuerdo introduce en homenaje del Santo el relato de la fundación del monasterio de Carmelitas Descalzas en el que apunta muy estimables noticias sobre Córdoba y el Tucumán, y finalmente concluye con una canción sáfica y real en honor de Santa Teresa de Jesús.

La segunda corona, la de espinas, comienza con una larga introducción y sigue, misterio por misterio, rememorando los dolores de la madre ante la pasión del Hijo, bajo el título de Soledades de María Santísima, tal como la iglesia los recuerda y los llama. A cada paso de su relato el poeta vuelve a la historia de su vida para acusarse de nuevo por sus pecados y elevarse por el dolor y el arrepentimiento.

Falta a esta corona el quinto misterio y en cuanto a la tercera Corona Lírica, nuestra empeñosa diligencia no ha alcanzado a descubrir de ella el más leve rastro.

Bajo la denominación de "Coronas Líricas" ofrecemos hoy, entre otros materiales en prosa y verso, las composiciones que desde la aparición de la "Genealogía," en la Revista de Buenos Aires, año 1867, se designan con el título de "El Peregrino en Babilonia". No ofrece dificultad alguna explicar el por qué de esta trasmutación de título.

Ante todo, diremos que el autor ha omitido estampar al frente de su obra un título expreso y que los traslados manuscritos de sus versos conocidos hasta hoy no le contienen tampoco. El genealogista que no conoció sino fragmentariamente la obra de Tejeda, refiriéndose al romance de la vida y a las soledades, las titula "El Peregrino de Babilonia" y desde entonces acá se repite aquel nombre. Consta, sin embargo, que Tejeda ha querido dar a estos escritos literarios una perfecta unidad, se ha dedicado con una lírica inspiración a entretejer tres coronas para presentarlas como una ofrenda a María, y a tal propósito ha seguido en sus cantos, co-

mo hemos dicho, la vida de la Virgen desde la concepción hasta su coronación como reina de los cielos.

Si a veces el poeta se vé precisado a referirse a sí propio en forma simbólica y se llama peregrino en Babilonia, no ha sido para hacer de su vida el centro de la composición, sino para ofrecer a María, con su conversión y arrepentimiento, un galardón más; a interpretarse de otro modo, toda la unidad de la obra se hubiera perdido, pues, ¿a qué vendrían las composiciones como el Fénix de Amor, El Arbol de Judá y tantas otras, si hubiéramos de referirlas al Peregrino? El poeta, además, habla reiteradamente de las coronas líricas en que divide su asunto, refiriéndose al Rosario que es, precisamente, el resumen simbólico de la vida de María (1).

El error del genealogista se explica, puesto que él, sin duda alguna, no conoció el códice que nos toca en suerte sacar a luz. Justificamos este aserto sin más que recordar sus propias palabras cuando dice de las obras de Tejada, que “a no haber colectado las presentes en un tomito manuscrito la curiosa diligencia del Dr. José Garay y Bazán, el año 1729, extractándolas de varios papeles *fugitivos y dispersos* que le suministraron sus deudos y los religiosos de Santo Domingo y de la Compañía de Jesús, es presumible no habría quedado memoria de ella” (2). Desde luego, lo que conoció fueron, solamente, esos papeles dispersos y fugitivos, cuya unidad y enlace no alcanzó a descubrir y que él creyó era la única parte que había llegado a sobrevivir a D. Luis, de su obra literaria. La prueba podría hacerse más prolija, pero no más con-

(1) ¿Quién jamás reparó en la fresca y encarnada rossa — gozosa vista de los alegres campos y jardines que no la hallase descollada sobre su nativa y verde vara, armada de agudas espinas? Assi este verdadero **rosal y Corona de Rossas** de los cinco misterios del Rosario si bien se considera se alegoriza con ella”. Pág. 164. Véase también pág. 160, respecto a la **Corona de Rosas**. — Pág. 229, sobre **Corona de Espinas**.

(2) Revista de Buenos Aires. — T. XII, pág. 39.

cluyente; lo dicho basta para explicar el error y justificarlo. Pero si afirmamos que D. Luis quiso ofrecer en sus Coronas Líricas, un poema de visible unidad, nos parece igualmente cierto que las diversas composiciones que lo forman no fueron escritas todas de exprofeso para tomar su puesto en el desarrollo de la trama, sino que algunas, como los sáficos a Santa Teresa sirvieron para realzar alguna ceremonia religiosa o civil y sólo años más tarde y gracias a la unidad de la inspiración y del pensamiento que los movía, recogiólos su autor y ligándolos con las ataduras de su prosa, pudo formar con ellas un poema.

El análisis crítico de la obra literaria de Tejeda y de las influencias de escuela bajo las que ha nacido, es un tema que atrae, pero que apenas podemos insinuar dentro de los estrechos límites de estas apuntaciones.

La obra, en su conjunto, es un romance religioso de la misma índole de los que con tanta frecuencia encontramos en la literatura española del siglo XVI y que América puede ofrecer ejemplares de tan alto valer como la "Cristiada", de Ojeda.

Tejeda usó de todas las formas métricas corrientes en su tiempo, y las eligió con tal propiedad y acierto, según los temas de su inspiración, que la crítica tendrá que ver en esto una manifestación de la seriedad de su arte. Entre sus composiciones no podía faltar el soneto, que tanta boga alcanzó entre la poesía castellana de los siglos XVI y XVII. En España como en América, los cultores de esta composición métrica fueron numerosos y fecundos, basta recordar al sevillano Luis de Rivera, que casi en nuestro propio suelo, en Potosí, hasta 1612 había escrito 107 sonetos, dignos, algunos, de figurar entre los clásicos.

El soneto, prodigio de ingenio, revela mejor que toda otra composición, la fuerza del pensamiento, y el vuelo de la inspiración del poeta; es en realidad una quinta esencia de su arte.

Veamos dos sonetos de Tejeda, que no desdican, a mi ver, antes bien, ponderan el valor de su obra.

* SONETO DIALOGADO

JESUS — Madre, ésta pura sangre que me diste
quando me concebiste y me criaste
q.º oy por el hombre, se derrame y gaste
es justo, pues para eso me pariste:

M. —Hijo, aunq.º passo yo tu pasión triste
dentro del alma mía q.º criaste
por q.º también dese sangriento engaste
a mi cuerpo, partícipe no hiciste?

JHS. — Porq.º si quando yo tanto me humillo,
al dolor, a la afrenta y al tormento
tu cuerpo en mi pasión me acompañara
no hiriera tu alma tan cruel cuchillo
que es el mayor dolor que agora siento
y éste dolor a mi pasión faltara.

* A SANTA ROSA DE LIMA

SONETO

Nace en provincia verde, y espinosa,
tierno cogollo, apenas engendrado
entre las Rossas, (sol es ya del Prado)
crepúsculo de olor, Rayo de Rossa.

De los llantos del Alba, apenas goza,
quando es del dueño singular cuydado
temiendo se le tronche, o rudo arado
o se le aje, mano artificiosa =

Mas ya q.º del cayrel desapriossa
la virgen oja, previniendo engaños.
la corta y pone en su guirnalda, o, zona.

Assi ésta virgen tierrna en verdes años
 cortó su Autor, y puso en su corona;
 O, bien anticipados desengaños.

REDONDILLAS

Oy la América se goza
 de ver trocada en estrella
 Luziente del cielo y Bella
 La que en sus campos fue Rossa.

.....

La entonación y el vigor del primero contrasta con el tono de suavidad y delicadeza del último; el uno acusa una verdadera inspiración, el otro es más bien un juego de ingenio. Seguramente escribió el primero a raíz de su conversión, antes de 1670, y el último sabemos positivamente que lo compuso en 1671, para celebrar la beatificación de la Santa.

No es posible disimular, salta a la vista, la influencia ejercida sobre Tejada por las maneras literarias de Góngora.

Góngora, que en América alcanzó tan dilatado influjo, obró también sin duda en la orientación literaria de Tejada. La fábula de Píramo y Tisbe, de aquel, que está escrita en el mismo metro que el romance de la vida de nuestro poeta, comienza del mismo modo: La ciudad de Babilonia.....

Góngora principia su "soledades" con este verso:

Pasos de un errante peregrino.

Y D. Luís, las suyas con este otro:

Los pasos que el errante peregrino.

Tejeda se muestra alguna vez afecto al retruécano, a la anátesis, a las inversiones, hace lujo de la cacofonía, todo lo que revela el influjo de un extraño gusto literario.

Léase esta estrofa como ejemplo:

No aplaudir *voz* que así clama
no es afecto muy *veloz*,
porque de *Dios* también *voz*
La *voz* del pueblo se llama.

Pero si encontramos en Tejeda algunas muestras de mal gusto, como los esdrújulos de sus sáficos a Santa Teresa, no hallamos, en cambio, esas metáforas desaladas y ese galimatías incomprendible, con que después se han lucido los furiosos gongoristas de América. Góngora apenas ha rozado con sus alas el espíritu de Tejeda.

Las verdaderas fuentes de la inspiración de nuestro poeta deben de estar, sin embargo, bien lejos del corifeo del culteranismo. Góngora, poeta más bien pagano y erótico que sagrado, no pudo servir de modelo al autor de las Coronas Líricas.

Recuérdese que el obispo Pacheco abrió contra el racionero de Córdoba (España), un capítulo de cargos y éste respondió entre serio y jocoso: "y que si mi poesía no ha sido tan espiritual como debiera, que mi poca teología me disculpa; pues es tan poca, que he tenido por mejor ser condenado por liviano que por herege" (1). Y a fe que no parece de canónigo aquel soneto: "*¿Las no piadosas martas ya te pones*" y tantos otros.

Andaríamos tal vez con más acierto si fuéramos a buscar la filiación literaria del poeta en la escuela sevillana, más oriental que clásica, alrededor del "divino" Herrera. En efecto, las

(1) M. González y Francés. Don Luis de Góngora vindicando su fama ante el propio obispo, cita de los "Textos de Góngora" — Boletín de la Real Academia Española, Tomo III, pág. 514.

fuentes directas de información de Tejada han sido los poetas bíblicos, sobre todo David, y los escritores místicos, en especial Santa Teresa de Jesús. Obsérvese que son estos los autores citados por él de preferencia: a la Santa para mostrar cómo debe buscarse en el espíritu, el reino de Dios; y al salmista, para fundar una elevación moral, aludiendo posiblemente al versículo 23, salmo LXXII, “y estuve delante de tí como una bestia de carga.” Y aunque otras veces no le cita, se adivina su influjo. “A las márgenes de los ríos del país de Babylonia allí nos sentábamos y nos poníamos a llorar. . . . , allí colgábamos de los sauces nuestros músicos instrumentos.” Salmo CXXXVI. Léanse las primeras estrofas del romance sobre su vida, donde se advierte la expresión de este mismo pensamiento.

Este modo de ver no será para nadie una revelación. Un hálito de misticismo recorrió toda América y penetró hasta en las más lejanas regiones. La poesía de la baja latinidad, cuyo elogio ha hecho recientemente un poeta tan insospechado como Remy de Gourmont (1), debió también arrastrar a la contemplación extática. El “*Lauda Sion, salvatorem — lauda ducem et pastorem,*” resúmen maravilloso del simbolismo eucarístico, unido a los salmos y a los cantares, despertaban sin duda en aquellos espíritus sencillos, una sensibilidad dulce y viva.

A veces nuestro poeta siente las más finas sutilezas del amor, llega a un dulce misticismo; no sé si alcanza a la abismal neciencia, que San Juan de la Cruz llamaba noche oscura del alma, cuando quedan vacías “Las profundas cavernas del sentido”, pero es el suyo un misticismo de buena ley, de ese nacido más bien que de la influencia del Cantar de los Cantares, bajo la inspiración de los salmos de David.

(1) Santo Tomás de Aquino como poeta. — Revista del Colegio Mayor — Bogotá, febrero de 1917, pag. 2.

Tomemos, de entre varios, un ejemplo:

¡Ay! qué será de mí cuando en la cuenta
de aquel juicio que espero tan amargo
me hagais Señor el concluyente cargo
de que desnudo como estais y herido
y os miro al pie de esa columna dura,
no apliqué a vuestras llagas una cura
ni a vuestra desnudez un vil vestido;
de que viendoos mendigo, lacio, hambriento,
como al llagado Lázaro, el sustento
de unas migajas os negué avariento
ni aplacar quise con un jarro de agua
la ardiente sed de esa amorosa fragua,
ni de esas limpias manos la inocencia
libré de tantos rígidos cordeles,
cuando de una tiránica insolencia
al oprimido libertar no quise;
pues en vos no hice lo quen ellos hice,
pues en vos no hice lo que en ellos no hice.

Los acentos compungidos del poeta, su esperanza en la divina misericordia, su amor, que le hace identificar al hombre con su creador, revela la posición de un misticismo acendrado (1).

Pero al par que estas influencias extraordinarias, Tejeda es hijo de los clásicos latinos y del siglo famoso de Lope. No olvidemos que América ha sido una región acariciada por la musa,

(1) El misticismo adquirió en América extraordinaria difusión, bastaría recordar que Méjico del siglo XVII produjo uno de los grandes modelos de la lírica mística, el célebre soneto "No me mueve mi Dios para quererte", cuyo autor, fray Miguel de Guevara, conocemos recién, gracias a las revelaciones que debemos al señor A. M. Carreño, (*Joyas literarias del siglo XVII encontradas en Méjico*), 1916. Véase Bibliografía — *Revista de Filología Española* — Cuaderno 4, 1916, pág. 448.

no sólo en los centros como Lima o Méjico, sino aún hasta en las lejanas regiones como aquella de la ciudad de León, que produjo a Amarilis, maravillosa poetisa que escribió a Lope una admirable epístola en silva, antes de 1621 (1).

Lo que Tejeda no ha sentido es la honda emoción ante los encantos de la naturaleza. Las tonalidades propias del color local, no vienen a animar con su frescura la tiesa y solemne inspiración de su musa religiosa, rara vez, como en aquellas estrofas que comienzan:

Otro mentido Olimpo del Achala
que la última región del aire iguala.

Le vemos descender de su olímpico Pegazo, para lanzarse a vagar por los campos y por sierras. Pero es justo advertir que en su tiempo los mayores poetas de América, no supieron asociar la naturaleza a los asuntos de inspiración, y si ésto fué así, aún para las epopeyas heroicas, tanto más razón tuvo el poeta, absorto en sus místicos ensueños.

Regocijémosnos porque Tejeda viene a llenar un siglo desierto en nuestros anales literarios, y porque con Barco Centenera y Rozas de Oquendo, cuyo nombre acaba de reconquistar para las letras el benemérito Dr. Pablo Cabrera, podemos formar ya, una trilogía espiritual, que presida la vida literaria de estas regiones del antiguo Río de la Plata y Tucumán, con ventaja para nuestro poeta, porque es el único de los tres nacido en tierra argentina.

(1) Menéndez y Pelayo — Historia de la poesía hispano-americana. Tomo II, página 152. J. M. Gutiérrez demostró, en su tiempo, que la mujer americana ha sobresalido en los afanes literarios. Sin contar a la famosa monja Sor Juana Inés de la Cruz, a la que ha consagrado el eminente poeta Amado Nervo un libro reciente (Madrid, 1910), son numerosas y celebradas las poetisas de la época colonial. Véase Gutiérrez — Revista de Buenos Aires, T. 20, pág. 482.

IV

Antecedentes — Bibliografía — Notas.

El original que nos ha servido para la presente edición, está contenido en un pequeño códice, tapa de pergamino, de trescientos siete folios, no numerados. Todas las planas están escritas apretadamente sobre papel grueso de hilo; las páginas tienen escaso márgen y a su pié se halla siempre un reclamo de una sílaba o palabra; la foma mide, en centímetros, once por diez y seis.

El texto impreso sigue con toda fidelidad el del original, respetando su ortografía, puntuación, etc., del modo más estricto. Hemos interpretado cumplir así nuestra misión: ofrecer a la crítica literaria e histórica, un documento auténtico, que ella deberá analizar y juzgar. Nos disculparán, en consecuencia, los estudiosos a quienes no hemos podido facilitar la lectura de esta obra, dividiéndola en capítulos, imponiendo títulos y anteponiendo sumarios, que siempre contribuyen a orientar. Alguna vez hemos juzgado de rigor intercalar un título a composiciones que carecían de él en el original, pero para advertir al lector de la interpolación, los hacemos preceder de un asterisco.

El códice está escrito en los caracteres itálicos de bastarda española, trazadas con mano firme y segura, y tan prolija que salvo alguna causa accidental como las manchas de humedad, por desgracia frecuentes, su lectura no ofrece una mayor dificultad. La autenticidad de este códice, no puede ponerse en duda; sin vacilar debe afirmarse que es un manuscrito de puño y letra del

propio D. Luis de Tejada, y a trechos, borrador también, porque sobre sus páginas el autor se ha librado a correcciones, interlíneas y apostillas, en las que ensaya dar nuevo giro al pensamiento expresado en el texto, tal como el anotador lo hace constar repetidamente.

Puede el lector comprobar por sí mismo la autenticidad de nuestros originales, comparando las estampas que ofrecemos, reproducción las unas de las páginas del códice, y las otras de documentos en cuyo pié se registra la firma del poeta.

Nuestro manuscrito procede sin duda del siglo XVII y fué escrito en los últimos años de la vida de D. Luis. Con frecuencia encontramos el título de una composición y en seguida un espacio en blanco, lo que nos hace suponer que en este códice trasladaba su obra y que aquellos cantos que no habían alcanzado todavía su forma definitiva eran preteridos por el poeta con ánimo de transcribirlos luego.

El título inscripto en la primera página es el siguiente "*Libro de varios tratados y noticias; escrito por el Reverendo Padre Fray Luis de Texeda Religioso del Sagrado Orden de Predicadores de esta Provincia del Tucumán — Año del Señor 1663*".

La caligrafía distinta a la del texto y la circunstancia de que se llame padre a Tejada, llevan a concluir que una mano extraña trazó aquel título, meramente descriptivo. Al reverso de esta portada se lee: "Pertenece al uso del Padre Fr. Lorenzo de Thegeda y Guzn. Me lo dió el Sor. Dean de Arequipa, el Dr. Dn. Joseph de Garai y Bazn.". Se recordará que el genealogista afirma que el dean Garay y Bazán es el autor de la colección de poesías que tiene a la vista y que ha formado de papeles dispersos y fugitivos, entonces es forzoso creer que el deán Garay, poseedor de este códice, lo conoció recién después de coleccionar las poesías o que el genealogista ignoraba las circunstancias bajo las cuales había trabajado el deán.

El códice ha sido conservado hasta el presente en el monasterio de religiosas Carmelitas de esta ciudad, de donde hemos

podido obtenerlo gracias a los oficios de S. S. Illma. Fray Zenón Bustos, Obispo de Córdoba, y a quien públicamente agradecemos su generosa solicitud y los constantes estímulos que se ha servido prodigarnos.

La existencia de este códice nos era conocida desde hace mucho tiempo. Trasuntado de él posee el doctor Cabrera, la historia de la fundación de los conventos de Catalinas y Teresas de Córdoba.

Como un poderoso auxiliar, que hemos tenido siempre presente, nos ha servido un traslado manuscrito, que contiene la mayor parte de las composiciones poéticas que ahora se publican. Este códice sigue sin variaciones apreciables el texto del que llamaremos original, no así en el orden de inserción de las composiciones, que se suceden en él arbitrariamente y sin enlace.

Este segundo manuscrito lo componen dos códices tapas de pergamino de 250 y 139 fojas respectivamente, en cuya portada se lee: "Ensayo sobre la genealogía de los Tejeda de Córdoba del Tucumán, o relación abreviada del carácter, vida y servicios del capitán Tristán de Tejeda, conquistador y poblador de dicha Provincia y de su legítima descendencia desde el año 1573 que se estableció en aquella ciudad hasta el presente año de 1794".

Como se advertirá este códice no contiene otra cosa que la "genealogía", publicada en parte por la Revista de Buenos Aires, y como apéndice de la vida de Don Luis están transcritas las composiciones poéticas que el genealogista conocía y que la Revista no publicó sino fragmentariamente.

En el folio 151 comienzan los versos precedidos de esta leyenda: *Colección de varias poesías sueltas de Dn Luis Jossef de Tejeda y Guzmán, en cuyos versos ya romancescos, ya heroicos se presenta una idea bien circunstanciada de su vida mientras vivió en el siglo y de su gran talento, y conocimientos en la ciencia y poesía sagrada.*

Este manuscrito pertenece a la colección del Dr. Pablo Cabrera desde hace más de quince años; a él aludía en la revista "Es-

tudios", número 23, año 1904, pág. 247, escribiendo sobre los descendientes de D. Juan de Garay.

¿En qué fecha se concluyó de componer esta obra? En la primera página se advierte que la genealogía abarca desde 1573 hasta 1794. Esto parece concluyente, máxime cuando en otro lugar se dice que la obra debía concluir relatando la vida de María Catalina de Tejeda y por un concurso de circunstancias se vió obligado el autor, en el preciso momento que la terminaba, a agregar un extracto de la vida y costumbres del presbítero Pedro Ignacio de Aguirre y Tejeda, quien por casualidad había fallecido al tiempo mismo de estar por concluirse y darse a luz y agreguemos que éste falleció el 21 de septiembre de 1792, a las 3 p. m.

Huelga decir que hemos recorrido cuanto archivo público y privado conocemos en esta ciudad, en procura de las obras de Tejeda, cuya existencia suponemos, y con sentimiento hacemos constar que, en nuestra opinión, han desaparecido definitivamente.

En lo que se refiere a la iconografía del poeta, no han sido más felices nuestras investigaciones. Ni en los conventos que administró Tejeda, ni en el que murió, se ha conservado su imagen. Este vacío irreparable, lo procuramos llenar, reproduciendo los retratos de Juan de Tejeda Mirabal, padre del poeta y de doña Leonor de Tejeda, su tía, que adornan hasta el presente el locutorio del monasterio de carmelitas descalzas, en un lienzo que representa a S. José, a cuyo pié, como donantes, se ven los retratos aludidos.

Las firmas de Tejeda que reproducen las estampas, corresponden a la juventud, edad madura y vejez del poeta, la última es de la víspera de su muerte. Su escudo de armas completará la única información gráfica que podemos ofrecer.

Los antecedentes bibliográficos son igualmente pobres. La primera noticia impresa que conocemos sobre el poeta y sus obras, data de 1867, año en que la "Revista de Buenos Aires" publicó el "Ensayo sobre la Genealogía de los Tejeda", de autor descono-

cido y que el doctor Angel Justiniano Carranza llevó de Córdoba.

El año pasado, 1916, la Biblioteca Argentina, que dirige el señor Ricardo Rojas, publicó, con el siguiente título: "Peregrino en Babilonia y otros poemas de don Luis de Tejada". (Poeta cordobés del siglo XVII) parte del códice No. 6625 de la Biblioteca Nacional.

Este volumen corresponde al número diez de la biblioteca y al mes de abril; contiene una noticia preliminar y una recopilación de "varias poesías sueltas de Don Luis Josef de Tejada y Guzmán", según reza en una portada que precede a los versos.

Y antes de terminar permítasenos una advertencia:

Para comprender al poeta nos ha sido preciso dejar vagar libremente el espíritu entre las intimidades de su siglo, sus creencias, sus fantasías, sus ensueños, hasta que las voces de nuestro tiempo se han apagado en torno nuestro; entonces recién hemos creído poseerle.

Las poesías de Tejada son más bien que un documento humano de esos que reviven eternamente, una expresión histórica, incomprensible si se la separa de su época; por eso procuramos que estas notas aparezcan como escritas por un espíritu del siglo XVII que ha penetrado suavemente en el nuestro, pensando en aquellas palabras de San Agustín: "Si el salmo gime, gime tú también con él; si el salmo entona las alabanzas de Dios, cántalas tú también".

Córdoba, Marzo de 1917.

ENRIQUE MARTINEZ PAZ
